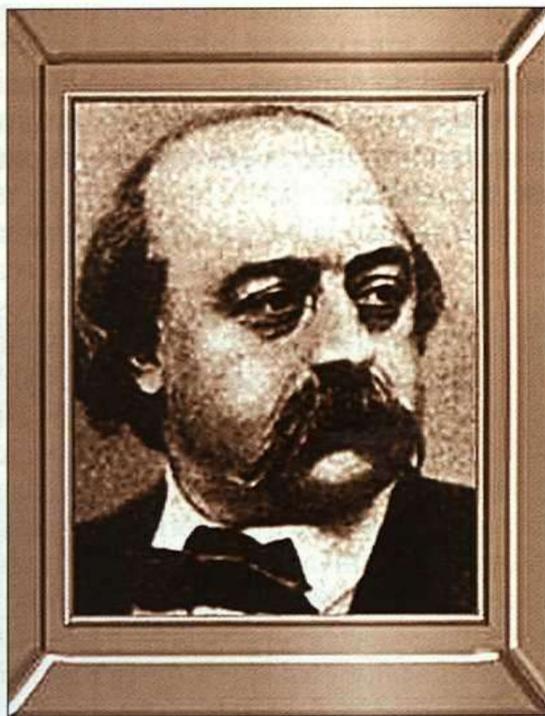


La biblioteca de Emma Bovary

Emilio Pascual*

MADAME BOVARY

PRIMERA EDICIÓN: 1857



GUSTAVE FLAUBERT
(1821-1880)

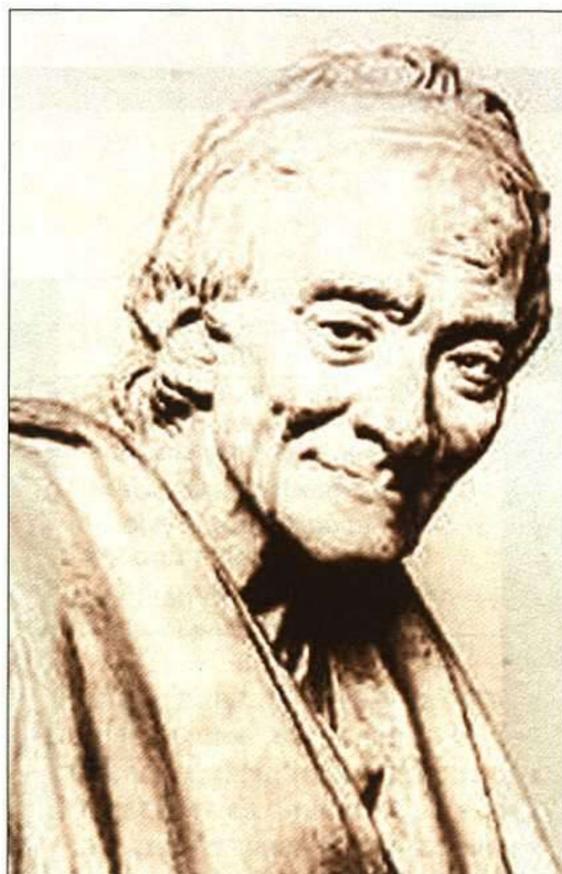
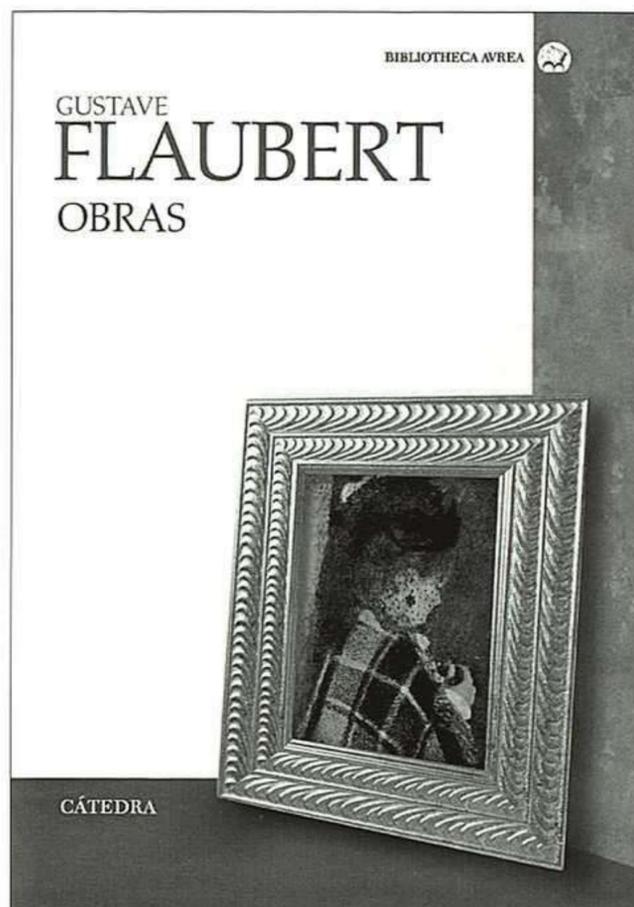
No hay datos que nos permitan clasificar los libros de la biblioteca del señor Rouault; ni siquiera podemos afirmar que hubiera libros en su casa. Sin embargo, sabemos que Emma Rouault leyó en abundancia antes de casarse con Charles Bovary, aquel médico insignificante cuya máxima proeza había sido entablillar la pierna del padre de Emma.

Cuando, recién casada, entró por primera vez en la casa de Charles Bovary, que en adelante también sería la suya, quizá se asombraría al ver que, en los seis estantes de la biblioteca de abeto de su marido, «casi lo único que había» eran los tomos del *Dictionnaire des sciences médicales*, y aun esos «con las hojas sin cortar», aunque su «encuadernación en rústica había sufrido en todas las ventas sucesivas por las que había pasado». Un diccionario, pues, que había corrido de mano en mano, hasta no ser ya ni de segunda, y que ninguna se había dignado abrir. Tal vez ese diccionario de medicina y un reloj con la cabeza de Hipócrates, que «resplandecía en la chimenea entre dos candelabros chapados de plata», eran los signos más visibles de una profesión que no logró dorar la mediocridad de Charles Bovary.

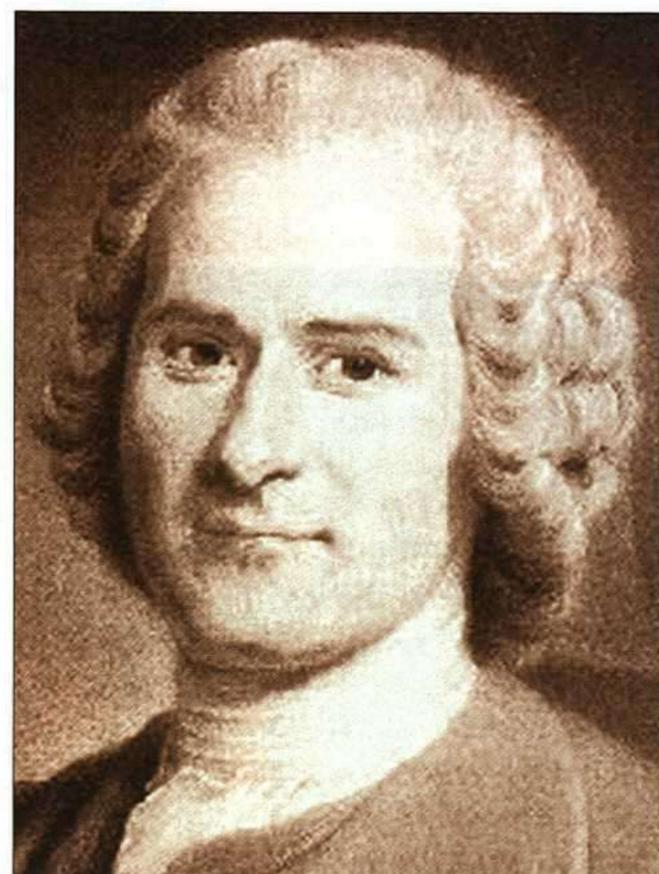
Lecturas de adolescencia

Emma había pasado su adolescencia en un internado de Rouen. Durante

su estancia en el internado leyó u oyó —que es otra forma de leer— algún resumen de Historia Sagrada, las *Conferencias* del abate Frayssinous, y pasajes de *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand. Una solterona, procedente de una familia aristócrata arruinada durante la Revolución, que venía a repasar la ropa, introdujo en el internado un mundo desconocido para Emma a través de canciones de amor del siglo anterior, novelas históricas y sentimentales y «meandros lamartinianos»: «Contaba cuentos, traía noticias, hacía los recados en la ciudad, y prestaba a las mayores, a escondidas, alguna novela que llevaba siempre en los bolsillos de su delantal». Emma, que descubrió un mundo desconocido, «devoraba largos capítulos en los descansos de su tarea. Solo se trataba de amores, de galanes, amadas, damas perseguidas que se desmayaban en pabellones solitarios, mensajeros a quienes matan en todos los relevos, caballos reventados en todas las páginas, bosques sombríos, vuelcos de corazón, juramentos, sollozos, lágrimas y besos, barquillas a la luz de la luna, ruiseñores en los bosquecillos, caballeros bravos como leones, mansos como cerdos, virtuosos como no hay, siempre de punta en blanco y que lloran a lágrima viva». ¿Quién no recuerda al hidalgo manchego llenándosele «la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendenencias, batallas, desafíos, heridas, requie-



Voltaire



Rousseau

bros, amores, tormentas y disparates imposibles»?¹

«Durante seis meses, a los quince años, Emma se manchó las manos en aquel polvo de los viejos gabinetes de lectura. Con Walter Scott, después, se apasionó por los temas históricos, soñó con arcones, salas de guardias y trovadores. Hubiera querido vivir en alguna vieja mansión, como aquellas castellanas de largo corpiño, que, bajo el trébol de las ojivas, pasaban sus días con el codo apoyado en la piedra y la barbilla en la mano, viendo llegar del fondo del campo a un caballero de pluma blanca galopando sobre un caballo negro. En aquella época rindió culto a María Estuardo y veneración entusiasta a mujeres ilustres o desgraciadas: Juana de Arco, Héloïse, Agnès Sorel, la bella Ferronnière y Clémence Isaura para ella se destacaban como cometas sobre la tenebrosa inmensidad de la historia, donde surgían de nuevo por todas partes, pero más difuminados y sin ninguna relación entre sí, san Luis con su encina, Bayardo moribundo, algunas ferocidades de Luis XI, un poco la noche de San Bartolomé, el penacho del Bearnés, y siempre el recuerdo de los platos pintados donde se ensalzaba a Luis XIV». Recién casada, y con aquel bagaje lector, Emma intentaba averiguar lo que significaban realmente *en la vida* palabras como «felicidad, pasión, embriaguez, que tan hermosas le habían parecido en los libros».

Recurrió a los libros para renovar la

decoración de la casa. «Estudió en Eugenio Sue descripciones de muebles; leyó a Balzac y a George Sand buscando en ellos satisfacciones imaginarias a sus apetencias personales. Hasta la misma mesa llevaba su libro y pasaba las hojas, mientras Charles comía y le hablaba». Solo su suegra veía con recelo aquella contaminación de la lectura.

Entre los libros que había leído se hablaba también *Pablo y Virginia*. Alguna vez Emma «había soñado con la casita de bambúes, con el negro Domingo, con el perro *Fidèle*, pero sobre todo con la dulce amistad de algún hermanito, que subiera a buscar para ella frutas rojas a los grandes árboles, más altos que campanarios, o que corriera descalzo por la arena llevándole un nido de pájaros». Cuando se casó, solo un vago vestigio de aquel mundo soñado permanecía como un espíritu burlón al fondo del jardín de Tostes: la figura de escayola de un cura leyendo su breviario. Más tarde, cuando se trasladaron a Yonville, el cura de yeso que leía impasible su breviario cayó del carro durante un violento traqueteo del camino y se deshizo en mil pedazos en el pavimento de Quincampoix. Como una premonición.

Los libros que le envenenaron el alma

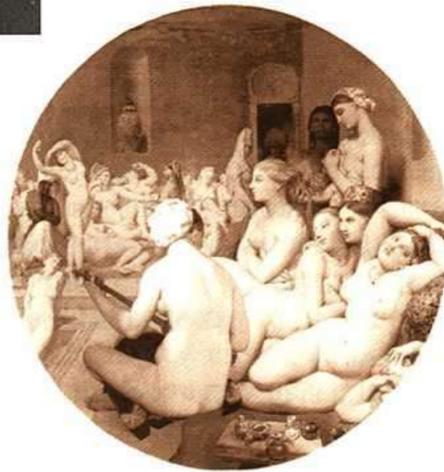
Emma dibujaba y tocaba el piano. Para combatir las horas de hastío en aque-

lla población pedestre, cuyo acontecimiento más destacado solía ser la feria de ganado, se suscribió a una biblioteca circulante: prefería quedarse en su habitación leyendo. Porque, ¿había cosa mejor que «estar por la noche al lado del fuego con un libro, mientras el viento bate los cristales y arde la lámpara»? Si volvía los ojos a la chata realidad, no veía más que esos «héroes vulgares», esos «sentimientos moderados» que detestaba. Y recordando los tiempos del internado, «añoraba los inefables sentimientos de amor que trataba de imaginarse a través de los libros».

Homais, el farmacéutico de Yonville l'Abbaye, que presumía de anticlerical y volteriano, puso a disposición de Emma su biblioteca: una biblioteca, según él, «compuesta de los mejores autores: Voltaire, Rousseau, Delille, Walter Scott, *L'Echo des Feuilletons*, etc.». Tras la marcha de Léon se la veía a menudo tendida en el sofá, con las contraventanas cerradas y un libro en la mano: no consta qué leía aunque es imaginable. Sabemos que se propuso aprender italiano, y para ello «compró diccionarios, una gramática, una provisión de papel blanco». También, que «ensayó lecturas serias, historia y filosofía». Su suegra opinaba que leía demasiadas novelas, «obras que van contra la religión, en las que se hace burla de los sacerdotes con discursos sacados de Voltaire». Decidió tomar cartas en el asunto, impedir la lectura de no-



A la izquierda, un fotograma de *Madame Bovary* de Vincente Minnelli, con Jennifer Jones encarnando a la heroína de Flaubert. Abajo, una reproducción del cuadro de Ingres, *Odalisque au bain turc*. A la derecha, retrato del escritor Walter Scott.



velas, suprimir las suscripciones de Emma y, si era preciso, denunciar al librero por «envenenador».²

Todo el mundo conoce el doble adulterio de Madame Bovary. Después de la caída, «recordó a las heroínas de los libros que había leído, y la legión lírica de aquellas mujeres adúlteras empezó a cantar en su memoria con voces de hermanas que la fascinaban. Ella venía a ser como una parte verdadera de aquellas imaginaciones y realizaba el largo sueño de su juventud, contemplándose en ese tipo de enamorada que tanto había deseado». La crisis la sumergió en un estado de misticismo que el cura aprovechó para cambiar sus lecturas. Pidió consejo al librero del obispo, el cual, «con la misma indiferencia que si hubiera enviado quincalla a negros, le embolsó un batiburrillo de todo lo que de libros piadosos circulaba en el mercado. Eran pequeños manuales con preguntas y respuestas, panfletos de un tono arrogante en el estilo del de Maistre, especie de novelas encuadradas en cartoné rosa, y de estilo dulzón, escritas por seminaristas trovadores o por pedantes arrepentidos. Allí estaban *Pensez y bien*, *l'Homme de monde aux pieds de Marie par M. de****, *décoré de plusieurs ordres*; *Des Erreurs de Voltaire, à l'usage des jeunes gens*, etcétera».

La realidad y el deseo. La prosa grosera de la vida frente a la poesía del libro. Emma, víctima de sucesivos de-

sencantos, solo hallaba un fatigado reposo en las páginas imposibles de sus libros. Allí entretenía «la diversidad de su humor, alternativamente místico o alegre, charlatán, taciturno, exaltado o indolente. [...] Era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, la vaga *ella* de todos los libros de versos. Encontraba en sus hombros el color ámbar de la *odalisque au bain* [de Ingres]; tenía el largo corpiño de las castellanas feudales; se parecía también a la *Femme pâle de Barcelone* [de Courbet], pero por encima de todo era el Ángel». Y así, «se quedaba hasta la madrugada leyendo libros extravagantes donde había escenas de orgías con situaciones sangrientas». A veces escribía a su amante cartas tan luminosas como irreales. Porque, al escribirle, en realidad «veía a otro hombre, a un fantasma hecho de sus más ardientes recuerdos, de sus más bellas lecturas, de sus más ardientes deseos».

Emma Bovary murió envenenada. Un

análisis superficial diagnosticó arsénico. Pero Emma Bovary estaba ya envenenada por la lectura de amores imposibles, envenenada por la vulgaridad sombría de la vida, envenenada por una línea de Kempis que no había leído, aquella que resumió Amado Nervo en un dodecasílabo y medio: «que todo acaba,/que todo muere, que todo es vano».³ ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. No en balde diría Ortega en sus *Meditaciones del Quijote* que «Madame Bovary es un don Quijote con faldas».
2. Alberto Manguel no olvidó este episodio en su historia de la lectura: «La suegra de Madame Bovary opinaba que las novelas envenenaban el alma de Emma y convenció a su hijo para que anulara su suscripción a la biblioteca circulante, hundiéndola todavía más en el marasmo del aburrimiento» (*Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza, 1998, p. 322).
3. Hace poco Juan José Millás daba la noticia de un joven *clandestino* que se encerró para leer *Madame Bovary*. Comprendemos las preocupaciones de su padre.